



HACIA UNA CULTURA DEL ENCUENTRO UN PAÍS PARA TODOS

“DENLES DE COMER USTEDES MISMOS”

Mt. 14, 13-21

REFLEXIONES Y APORTES EN LA BÚSQUEDA DE
UN PAÍS PARA TODOS

- Documento Preparatorio de la Jornada de Pastoral Social 2020 -

SEPTIEMBRE DE 2020



HACIA UNA CULTURA DEL ENCUENTRO UN PAÍS PARA TODOS

“DENLES DE COMER USTEDES MISMOS”

Mt. 14, 13-21

Esta frase de Jesús tomada del Evangelio de la multiplicación de los panes quiere inspirar nuestro propósito, desde la Pastoral Social de Buenos Aires, de convocar a nuestra dirigencia a la apremiante tarea de construir una Nación que sea efectivamente una Casa para todos.

La realidad que nos toca vivir guarda profundas similitudes con el cuadro que nos presenta esta escena del Evangelio. También hoy nos encontramos con una multitud de hermanos y hermanas que atraviesan dramáticas dificultades, tal como la que se encontraba en aquel momento en ese lugar desierto. Las demandas que ellos expresan, parecen superar ampliamente nuestras posibilidades y recursos, tal como lo eran esos escasos cinco panes y dos pescados que acercaron al Señor aquella tarde; y hasta parece acecharnos más de una vez la tentación de refugiarnos en la impotencia o en la actitud de desentendernos de los otros, como esos discípulos que sólo atinaron a sugerirle al Señor que despidiera a la multitud.

Sabemos muy bien cuál fue la respuesta de Jesús. Su compasión primera ante esa muchedumbre que lo seguía, lo impulsó a desestimar la actitud evasiva de los apóstoles y a comprometerlos con esas palabras que significaban toda una interpelación: **“Denles de comer ustedes mismos”**. Para poder hacerlo, les indicó que buscaran o que descubrieran sus propios recursos, que se los trajeran e indicarle que hicieran sentar a la gente sobre el pasto. Sólo después de todas esas acciones y partiendo de lo que esos hombres le habían arrojado, fue que Jesús *“tomó los cinco panes y los dos pescados, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición y partió los panes”*, dejando incluso a sus discípulos la tarea de distribuirlos.

Así quiere el Señor que actuemos nosotros también, convocándonos a ser protagonistas en este dar respuesta a nuestra realidad de hoy. Como dirigentes y como pueblo, somos invitados a descubrir con creatividad cuáles y dónde se encuentran nuestros “cinco panes”, a ponerlos a disposición de los otros y a lograr que mediante un proyecto común, ellos lleguen efectivamente a todos los sectores de nuestro pueblo, especialmente los más postergados, por aquello de que “no es posible morir de hambre, en la tierra bendita del pan” (Cfr. Himno Congreso Eucarístico 2004)

Si bien estamos convencidos que todo esto es fundamental para nuestra hora presente, creemos que necesitamos impregnarnos del ejemplo de Jesús que, haciéndose nuestro Pan de Vida al partirse y darse por amor, nos invita a imitar su generosa entrega, haciéndonos pan para los demás.

Desde la Pastoral Social de Buenos Aires estamos convencidos que sólo podrán multiplicarse los panes entre nosotros, si anida en nuestro corazón la voluntad firme de deponer intereses egoístas o meramente sectoriales acompañada de un compromiso firme de “amasar un Pan”, un proyecto de país que sea para todos, en un clima de amistad social donde la unidad sea superior al conflicto.

El Papa Francisco en la catequesis de la audiencia general del día 19 de agosto del 2020, nos dice que la respuesta que debemos dar a la pandemia del COVID-19 debe ser doble. Por un lado, “es indispensable encontrar la cura para un virus pequeño pero terrible que pone de rodillas a todo el mundo”. Por otro, “tenemos que curar un gran virus, el de la injusticia social, de la desigualdad de oportunidades, de la marginación y de la falta de protección de los más débiles”.

Estamos llamados a preparar, a anunciar el futuro, porque la pandemia es una crisis y de una crisis no salimos igual; o salimos mejor o salimos peor. Debemos salir mejor..., a esto estamos convocados.

En esta perspectiva queremos hacer un aporte y un llamado para la construcción de esta “Casa Común” que es la Nación.

LA HORA DEL ENCUENTRO: PARA UNA ARGENTINA JUSTA, UNIDA Y SOLIDARIA.

Argentina viene arrastrando desde hace tiempo una situación dramática desde el punto de vista social y económico. A ello se suma la indefinición estratégica de un modelo de desarrollo integral sostenido en el tiempo y acordado socialmente en el marco democrático. Sobre esa situación se desató la pandemia del COVID-19, agudizando muchos de los lastres previos y abriendo una discusión sobre las perspectivas que se proyectan a partir de esta experiencia traumática.

La consideración de la situación actual así como las alternativas para la salida de la emergencia requieren hoy más que nunca del diálogo, de una

convocatoria amplia para definir y acordar un modelo estratégico de futuro, la construcción de los lineamientos centrales de un plan de mediano y largo plazo y la implementación de mecanismos e instrumentos institucionales para la construcción de los mismos que hagan viable su aplicación.

En todos los casos implica una convocatoria abierta, múltiple y plural en la que estén concernidos los actores más significativos y comprometidos con un estilo de desarrollo integral de características nacionales y democráticas. Esta iniciativa tiene al gobierno como actor fundamental, que en su responsabilidad de mediador del bien común requiere de capacidad de diálogo y concertación con las fuerzas sociales, institucionales y políticas más relevantes en una coyuntura tan crítica como la actual ampliando así las bases de sustentación de un proyecto común. Cada vez resulta más clara la necesidad de dotar de sentido esta experiencia traumática, proyectando un futuro. De allí el rol que tiene la política, en la medida en que hace posible abrir nuevos escenarios y habilitar otras perspectivas respecto de lo por venir.

Como en otras ocasiones, ante la inminencia del límite y la crisis, ratificamos que queremos ser Nación. Queremos serlo evitando la pobreza, la desigualdad, la fragmentación, la informalidad, la especulación y afirmando la autonomía. Ser Nación supone definir un rumbo, consolidar una identidad singular, integrar a todos, construir una comunidad de hermanos, vincular al país con la región y con el mundo. Al hacerlo, no desconocemos la permanencia entre nosotros de cierto clima en la sociedad que no ayuda a encontrar esta direccionalidad.

No se trata en absoluto de algo nuevo entre nosotros. Ya el entonces Cardenal Bergoglio en aquella recordada conferencia “Nosotros como ciudadanos, nosotros como pueblo”, lo exponía con meridiana claridad hace exactamente diez años atrás en nuestra XIII Jornada de Pastoral Social del 2010: *“Es real y cierto que en nuestra condición de pueblo nuevo en la historia, nuestra identidad no está del todo perfilada y definida. En nuestra situación ser parte del pueblo, formar parte de una identidad común, para algunos sectores, no es automático. No resulta natural ni orgánico tampoco para quienes tienen referencias externas más fuertes que las internas o hacen de la autodenigración un deporte. No resulta natural ni orgánico para quienes han perdido todo lazo social y cultural con sus compatriotas, sin sentido de pertenencia a un destino colectivo. Por eso decía que no era automático. Se trata de un proceso, de un hacerse pueblo. De una integración. De un trabajo lento, arduo, muchas veces doloroso por el cual nuestra sociedad ha luchado.”* (Ver www.pastoralsocialbue.org.ar)

En el pasado, la Argentina buscó recorrer esos caminos, que ahora debe recuperar creativamente en un escenario distinto.

Este llamado de la Pastoral Social de Buenos Aires no es nuevo. Alcanza con revisar los documentos de los sucesivos encuentros para darse cuenta de la reiterada y obstinada insistencia en esta cuestión. Dos antecedentes inmediatos, para no abundar: la Jornada de Pastoral Social del año 2018 bajo el lema

“Cuidemos la Casa Común. Construir un nuevo Pacto Social para el siglo XXI” y la del 2019 “Un nuevo Pacto Social para el siglo XXI. Acuerdos, Nación, Ecología Integral y Bien Común”; y los encuentros del Foro Laudato Si’ de este año en el que se debatieron estas temáticas (ver www.pastoralsocialbue.org.ar)

Si bien en este documento estamos priorizando los aspectos socio-económicos que nos urgen como sociedad para este tiempo dramático de la post pandemia, no se nos escapa que para gestar cualquier modelo, plan o pacto, es indispensable generar un ambiente propicio que ayude a recrear los vínculos sociales en un clima de amistad social, arraigando (y hasta recuperando) ese ethos comunitario y cultural que nos constituye como pueblo.

PROYECTAR UN FUTURO CON IMAGINACIÓN POLÍTICA

Este ejercicio de definición, planificación y concertación requiere abandonar ciertos condicionamientos epocales.

En primer término se trata de salir de la imposibilidad de **imaginar un futuro**. Este es un imperativo de la hora actual. No se puede convocar a una gesta colectiva sin un horizonte. Esa idea de futuro tiene que contar además con el respaldo de una serie de fuerzas y actores que le den carnadura. Por eso, lo que nos hace falta es cierta **utopística** que haga visible el horizonte de aquello que es posible realizar, conjugado con lo que la mayoría desea y lo que los principios y valores arraigados en la vida comunitaria nos obligan a desplegar.

En segundo lugar, resulta clave dejar de lado el **presentismo**, ese régimen de historicidad en el que la dimensión decisiva, casi única, transcurre en un presente continuo. Un presentismo que no permite recuperar el pasado ni proyectar futuro sino que, empantanado en la inmediatez y la coyuntura, obstruye un diseño para la propia vida, sea personal o colectiva. El modo de vida derivado de ese régimen parece restringirse a las distintas formas de consumo, sea de bienes o productos audiovisuales (configurando subjetividades mediáticas de superficie). Se trata entonces, superando esa tendencia, no sólo de imaginar sino también de **proyectar un futuro**. Esto es dotarlo de contenido, de ideas concretas, serias y fundadas, sobre las cuales éste aparece ante los ciudadanos como algo realizable.

En tercer término hay que superar el enfermizo cortoplacismo al que nos confinamos, muy acorde con ciertas lógicas financieras. Estamos obligados a alargar la mirada, a proyectar nuestro presente en escenarios de futuro para poder **planificar y dotar de un sentido estratégico** las decisiones y los esfuerzos actuales.

Por último, en cuarto lugar, tenemos que trascender las miradas exclusivamente sectoriales y superar los corporativismos, integrar lo particular en lo global. Tenemos la necesidad de **reconstruir lo común**.

“*El tiempo es superior al espacio*”, predica el Papa Francisco. Eso supone integrar esa dimensión decisiva de la experiencia en un horizonte temporal más amplio. Construir un polo utópico. No para caer en una falsa idea de progreso, sino para tensionar el presente desde esos valores, ideales, esos núcleos que nos invitan a construir otro modo de vivir en comunidad.

En la base de este planteo se encuentra la posibilidad de poner en marcha la imaginación política. No como ejercicio individual. No como práctica de un núcleo de especialistas o tecnócratas. Sino como una práctica social que nos convoca, que nos involucra, que nos compromete a pensar en una sociedad integrada bajo la máxima según la cual “*el todo es superior a las partes*”. Porque no puede haber comunidad si no se coloca en el centro el bien común: no como algo abstracto sino como un bien personal y social para todos y cada uno de los hombres y mujeres de nuestro país. Si no lo hacemos, corremos el riesgo que la llamada “nueva normalidad” sea apenas un retorno a lo mismo o incluso a una realidad aún peor. Volver sería entonces aceptar y naturalizar las injusticias, desigualdades, pobrezas, marginaciones, violencias, dominaciones, manipulaciones mediáticas a los que no sería bueno regresar.

ESCENARIOS INSTITUCIONALES PARA DEBATIR EL MODELO PAÍS

Resulta imperativo habilitar reflexiones y espacios de encuentro que nos permitan procesar la crisis y poner en marcha mecanismos institucionales permanentes que propicien otras formas de vida. Este ejercicio colectivo de pensamiento y compromiso que busca definir y acordar un modelo de largo plazo requiere de un ámbito institucional representativo. Espacio de trabajo, reflexión e intercambio que otorgue densidad y profundidad a éste proceso, descartando y superando las lógicas dominantes que transcurren en el escenario mediatizado que privilegia la ***política espectáculo***. Ese ámbito debe inspirar nuevas políticas públicas y, al mismo tiempo, permitir una acumulación suficiente de poder -lo que supone diálogo y negociación- para poder implementar en una secuencia articulada un plan de mediano y largo plazo.

Este espacio de encuentro, que podríamos denominar **Consejo Nacional Post Pandemia**, debería reunir a las representaciones políticas, gremiales, empresarias (rurales e industriales, pequeñas, medianas y grandes) como a los movimientos sociales, sectores financieros, académicos, personalidades destacadas de la cultura y referentes religiosos con el objetivo de echar las bases de un modelo de desarrollo con un horizonte a diez años.

- Un modelo que recoja lo mejor de la experiencia argentina en el ***ámbito productivo***, que valore las potencialidades agrarias e industriales en su dimensión interna (en el denso entramado de pymes y economías regionales), en su faz exportadora (aumentando el volumen y el valor de las exportaciones) y que potencie las

experiencias asociativas, en corredores productivos, cadenas de valor, etc.

- Un modelo donde la educación, que es fundamental para hacer posible el sistema científico-tecnológico, se comprenda como el mecanismo de transmisión basal sobre el cual se recrean las condiciones para el sostenimiento y la construcción de lo común. Sobre ella descansa la formación general de la población así como la posibilidad de generar los perfiles profesionales necesarios para el crecimiento del país.
- Un modelo que recoja lo mejor de nuestros modos de **organización institucional de los trabajadoras/es**, que sea capaz de recuperar las formas desarrolladas por el sindicalismo nacional en su más que centenaria trayectoria, así como nuevas formas de organización de los movimientos sociales.
- Un modelo que potencie procesos que permitan pasar de una economía informal precaria a una economía popular o de producción cooperativa donde estas actividades primarias sean consideradas como primer escalón o fase y no punto de llegada o cristalización. La combinación de trabajo precario y transferencias monetarias, si bien útiles en las coyunturas de extrema crisis social, no pueden ser el horizonte de vida para familias que viven marginadas o excluidas.
- Un modelo que recupere las experiencias válidas en materia de **planificación del desarrollo**.
- Un modelo que revalorice los **modelos de concertación** del pasado, incluso aquellos que quedaron en el plano de los intentos, resultaron fallidos o fueron debilitados y atacados.

Por esto es necesario convocar a una pluralidad de voces -como dijimos- en torno a la construcción de un plan de desarrollo de mediano y largo plazo para superar los males del cortoplacismo; la tendencia a la renta fácil asociada a la especulación; las falsas disyuntivas (como la que habitualmente se postula entre el sector industrial y el agrario); y **el movimiento pendular y destructivo** en el que vive la Argentina. Esto hace imposible afirmarnos sobre condiciones sólidas a partir de las cuales asentar la justicia social y detener el deterioro de los indicadores sociales.

El ejercicio que proponemos tiene que estar orientado en favor de la creación de riqueza y la distribución progresiva del ingreso, la reindustrialización, la creación de puestos de trabajo y el desendeudamiento.

Un ejercicio que nos permita identificar procesos viciosos y revertirlos, rechazar la primarización, la especulación financiera, la fuga de capitales, la evasión fiscal, la inflación y la concentración económica.

Un ejercicio que nos saque del paradigma tecnocrático y de un modo neoliberal de producción de la vida asentado sobre una cultura del descarte, esa especie de **darwinismo social** en el que sólo importa la persona como un ser de producción y de consumo donde los más débiles no tienen lugar ni consideración.

Un ejercicio que identifique lo justo y lo injusto del endeudamiento externo, la aplicación de una progresividad tributaria, la repatriación de capitales con fines productivos y las modalidades del crédito para el desarrollo productivo asociado al mercado interno o al agregado de valor a las exportaciones.

Un ejercicio por el cual sea posible establecer alianzas productivas, priorizando sectores e inversiones, clarificando el lugar del sector privado y público junto con la participación de otros actores sociales e institucionales. Necesitamos discutir el sentido y la finalidad del sector público, su vinculación con el sector privado. Necesitamos salirnos del lugar común que vincula empresas (y mercado) a la innovación, el dinamismo y la competitividad frente a un Estado que es siempre el lugar de lo inerte, lo oscuro y lo opresivo.

Un ejercicio en el que se entienda que nuestro país no tiene problemas de ahorro o de acumulación sino que lo que está en juego es el destino de ese ahorro. En este sentido, el **Papa emérito Benedicto XVI recuerda en la encíclica Caritas in Veritate** que,

“Pablo VI invitaba a valorar seriamente el daño que la transferencia de capitales al extranjero, por puro provecho personal, puede ocasionar a la propia nación. Juan Pablo II advertía que invertir tiene siempre un significado moral, además de económico. Se ha de reiterar que todo esto mantiene su validez en nuestros días a pesar de que el mercado de capitales haya sido fuertemente liberalizado y la moderna mentalidad tecnológica pueda inducir a pensar que invertir es sólo un hecho técnico y no humano ni ético. No se puede negar que un cierto capital puede hacer el bien cuando se invierte en el extranjero en vez de en la propia patria. Pero deben quedar a salvo los vínculos de justicia, teniendo en cuenta también cómo se ha formado ese capital y los perjuicios que comporta para las personas el que no se emplee en los lugares donde se ha generado. Se ha de evitar que el empleo de recursos financieros esté motivado por la especulación y ceda a la tentación de buscar únicamente un beneficio inmediato, en vez de la sostenibilidad de la empresa a largo plazo, su propio servicio a la economía real y la promoción, en modo adecuado y oportuno, de iniciativas

económicas también en los países necesitados de desarrollo.” (nro. 40)

Finalmente, un ejercicio que permita poner en valor y hacer un uso estratégico de tres fuentes significativas no sólo para la generación de divisas sino para la viabilidad de un modelo de desarrollo diversificado, a saber: la renta agraria, la renta petrolera y la megaminería. Cada uno de estos vectores de crecimiento incluye factores de riesgo ecológico que deben considerarse: es necesario incluir la dimensión ambiental en la consideración de los proyectos de inversión y redistribuir con sentido nacional y social la renta extraordinaria que allí se produce.

Seguramente, en estas definiciones habrá matices y tonos. Sin embargo, lo fundamental es que su orientación responda a los intereses nacionales y pueda atender a las demandas acumuladas al interior del tejido social en relación con el trabajo y la dignidad de las personas.

La posibilidad de visualizar un modelo de desarrollo de largo plazo nos permitiría contar con un plan eslabonado de mediano plazo en el que se puedan vislumbrar las múltiples dimensiones en su proyección temporal. Su existencia pondría en movimiento las capacidades y la “densidad” nacional en cuanto a las posibilidades de un crecimiento que combine economía popular, desarrollo del mercado interno y capacidad exportadora ***configurando un modelo tridimensional***. Todo ello, con la importancia de fijar las prioridades de inversión para el desarrollo de áreas estratégicas que son necesarias para la sociedad y el estilo productivo.

En ese campo debe ocupar un lugar destacado ***el sistema de innovación científico-tecnológico*** para que, a partir de la vinculación público-privada y a través de las universidades y el sistema de ciencia y tecnología, se abran nuevas opciones y se consoliden los ya existentes. La formación y la investigación son elementos centrales para nuestras sociedades y para ambas se requiere tiempo y una inversión permanente que en nuestros países son principalmente los Estados los que están en condiciones de sostenerlas.

Si bien un plan de mediano plazo es de eminente factura técnico-profesional, requiere de ***una orientación política global clara***. En ese sentido resulta conveniente darle profundidad al **Consejo Económico Social** como espacio de participación e interacción de las principales fuerzas económicas y sociales del país. Es el espacio necesario para recrear el diálogo y concertación entre actores decisivos, superando el corporativismo cortoplacista, recuperando la confianza y proyectando en común. Allí, además de los sectores sindicales y empresarios debe integrarse a los movimientos sociales en su variada representación. Ellos constituyen hoy una parte significativa de la realidad social fragmentada y desigual en la que vivimos. El Consejo Económico Social funciona y se construye en espacios institucionales fijados al más alto nivel y, si es por Ley del Congreso, mejor aún. Su carácter estratégico no puede

quedar reducido a reuniones convocadas en situaciones de debilidad o crisis y, menos aún, puede confundirse con fotos de ocasión.

Tanto el **Consejo Nacional Post Pandemia** como el **Consejo Económico Social** pueden ser espacios privilegiados en el marco de la vida democrática. De espacios de participación, negociación, consensos y acuerdos de los diversos actores, orientados a la elaboración de visiones compartidas, y complementarios de otras mediaciones establecidas en nuestra Constitución Nacional.

PACTO SOCIAL

Otro instrumento en la línea de las concreciones es el **Pacto Social**. Con él nos referimos al diseño y desarrollo de un espacio que pueda acordar, sintetizar, integrar y reflejar las cuestiones estratégicas de nuestro país, entre los actores principales. Como venimos sosteniendo, la Argentina necesita un pacto de superación cualitativa de las opciones y alternativas que ha vivido como antitéticas. Ese pacto debería basarse en los elementos virtuosos de su trayectoria (experiencia industrial, opciones distributivas, creación e innovación tecnológica, modos de organización sindical y social) y los elementos disponibles en el actual contexto.

En un lugar central y fundamental aparece la necesidad de recuperar el trabajo como clave de la cuestión social. Como tema privilegiado de la agenda del Pacto Social, el trabajo -considerado una finalidad central del proyecto productivo- debe comprenderse como principio de realización personal, como fuente de ingreso para el sostenimiento de las familias y como condición para el despliegue de su bienestar. La perspectiva del trabajo como productor de la riqueza social y fuente de enriquecimiento y transformación subjetiva se constituye como una clave de esta priorización.

Para avanzar en la idea de pacto social debe contarse, entonces, con un modelo, un plan y una estrategia de implementación dadores de una direccionalidad. Se trata de instrumentos para coordinar voluntades y fuerzas sociales y políticas. En el mismo se pautan los esfuerzos y compromisos que cada actor asume. En ese sentido, el Pacto Social se constituye en un instrumento y en una metodología de construcción del proyecto país.

El Pacto requiere identificar las problemáticas, los conflictos potenciales y también anticipar dónde aparecerán las pujas de intereses. No se trata de un proceso indoloro ni, por supuesto, de negar o esconder el conflicto. Se trata de superarlo. Conviene recordar que la unidad debe superar al conflicto, ya que este es el sentido que tiene una propuesta para articular a todos los actores en torno a una mesa de diálogo y negociación. Para que el conflicto no nos paralice, tenemos que asumirlo, trabajarlo y procesarlo. No va a ser una cuestión lineal, ni simple, ni fácil de llevar a cabo. Va a implicar una modificación de las pautas

y los comportamientos ***largamente adquiridos y rutinizados***. Va a implicar salir de una cultura de la renta rápida y cómoda para ir hacia una cultura del trabajo y el esfuerzo sostenida y sostenible en el tiempo. Va a requerir planes de inversión, progresividad distributiva, estrategias de abatimiento del desempleo, de la pobreza y alternativas concretas para mejorar la calidad del empleo.

La pandemia nos enfrenta a un escenario con más Estado donde primen ***los principios de solidaridad, de subsidiariedad y el del bien común***, con más condiciones para llevar adelante políticas sociales y de cuidado. Nos deja también con un sector de ciencia y tecnología mejor visibilizado y con un reconocimiento público. De igual manera, pone en evidencia la complejidad de la tarea pedagógica de un sector que, como el educativo, y como ya lo demostrara en el pasado, en la actual coyuntura fue capaz de montar una enseñanza remota de emergencia -con todas las precariedades del caso- capaz de dar continuidad a la tarea de acompañar a millones de estudiantes y familias.

La coyuntura demanda ideas creativas surgidas de la imaginación política: requiere de la institucionalización de Consejos que permitan definir el rumbo a través de un modelo argentino junto a la confección técnico-política de un plan con una estrategia de desarrollo que determine políticas públicas acordes y, finalmente, la implementación de un instrumento de concertación o pacto social de orientación productivista. Lo que no es otra cosa que la conjunción y articulación de ideas, modelos, plan, políticas públicas y liderazgo político.

No se trata de esperar respuestas de personas consideradas providenciales sino de sentar las condiciones para propiciar un comportamiento diferenciado de la clase dirigente nacional, en todas las esferas. La clase dirigente tiene una responsabilidad mayúscula en esta coyuntura. Integrada por quienes “más tienen, más saben y más pueden”, nuestra dirigencia es la que porta una cuota de responsabilidad ética mayor en la distribución de cargas y tareas para la configuración de un modelo social de cara al futuro del país.

Nuestra patria merece un proyecto federal e integrador. Un proyecto en torno a definiciones de valores y a objetivos concretos en las distintas áreas de la economía, la política, lo social, lo cultural. Un proyecto de desarrollo integral para todos. Ese proyecto integrador excede los tiempos de cualquier gobierno porque necesita una mirada de mediano y largo plazo y por lo tanto requiere continuidad, la cual sólo puede ser garantizada mediante el compromiso de las distintas fuerzas políticas y sociales.

Es necesario recrear las condiciones éticas culturales que animen nuestras decisiones. El compromiso y el valor de su tarea se medirán por la capacidad de modificar las causas estructurales que impiden el desarrollo integral de la Nación.

Hablamos al comienzo de un país para todos y estamos convencidos que ese es un deseo compartido por la inmensa mayoría de nuestro pueblo. Sin

embargo, no desconocemos que no se trata de una tarea fácil y que tal vez nuestro mayor obstáculo esté en nosotros mismos, en nuestras dificultades para propiciar un clima cultural que disponga nuestro ánimo para emprender este camino como pueblo.

La crisis que implica esta post pandemia actualiza aquellas palabras que también nos entregara el Cardenal Bergoglio con ocasión del Bicentenario y que mantienen su actualidad: *“Se nos impone la tarea de mirar nuestro pasado con más cariño, con otras claves y anclajes, recuperando aquello que nos ayuda a vivir juntos, aquello que nos potencia, aquellos elementos que pueden darnos pistas para hacer crecer y consolidar una cultura del encuentro y un horizonte utópico compartido.”* (Ver www.pastoralsocialbue.org.ar)

El Cardenal Mario Poli, en su homilía del Te Deum del 25 de mayo de 2020, sostuvo que *“en este tiempo, donde la solidaridad, la hospitalidad y fraternidad vuelven a surgir como valores que nos identifican, no debe haber espacio para especular ni acaparar con las necesidades del pueblo. Tampoco hay lugar para llevar al terreno de las ideologías, posturas partidistas o intereses sectoriales, ya que se trata de decidir sobre la vida de todos los argentinos y, por lo tanto, **se hace necesario preservar la unidad**”* y recordó esta certeza de Manuel Belgrano: *“La Patria es el sentimiento de libertad que es capaz de convertir en héroes a los ciudadanos más simples.”*

Con el mismo compromiso que anima nuestra tarea desde los comienzos, la Pastoral Social de Buenos Aires ofrece esta reflexión a la búsqueda en común de **un país para todos**.

14 de Septiembre de 2020
Comisión de Pastoral Social
Arquidiócesis de Buenos Aires